



P O E T R Y

Juan Carlos GALEANO

Imagen: Jorge Dávila

NUBES

Mi padre se vino a vivir al Amazonas para enseñarles a los indios a armar rompecabezas con las nubes.

Para ayudarle a nuestro padre, todas las tardes mi hermano y yo corremos tras las nubes desocupadas que pasan allá arriba.

Las nubes aparecen y desaparecen como si fueran pensamientos.

Cerca de nuestra casa muchos indios hacen cola para armar rompecabezas con las nubes que les son más familiares.

Aquí unas nubes se parecen a los árboles, y otras les recuerdan los pirarucús.

Por allá los indios buscan una nube para completarle la cabeza a un armadillo.

"Con el agua de los ríos y los juegos de ciudad", les escribe mi padre a sus amigos, "nuestros indios se divierten y aprenden a pensar".

A mi hermano y a mí nos gustaría mejor que las nubes se volvieran merengues para comérmolas con leche a la hora de la cena.

MÁSCARAS

A los habitantes de este pueblo se les permite tener cuantas máscaras puedan comprar.

Nuestros padres trabajan, y nosotros nos divertimos jugando a la gallina ciega y a los pistoleros del Oeste.

Los roperos están llenos de máscaras, pero en Halloween el jefe de policía prohíbe que la gente se las ponga.

Esa noche las máscaras tienen que hablar entre ellas o salir a tomarse unos tragos.

En el cielo, Dios y todos los santos se mueren de aburrimiento.

FÁBULA

a Gloria Fajardo

En el norte cazábamos muchos búfalos y la grasa nos calentaba todos los inviernos.

Pero en la selva nos dijeron que para traer más luz le echáramos más árboles al fogón del sol.

Un día se nos fue la mano, y le echamos toda la selva con sus pájaros, los peces y los ríos.

Ahora pasamos mucho tiempo mirando las estrellas y casi nunca cambia el menú de nuestra caza.

Hoy hemos cazado una nube que iba a ser invierno en la ciudad de Nueva York.

CUADERNO

En nuestros cuadernos dibujábamos la tierra con soles tan calientes que hacían sudar las páginas.

Para que no se nos quemaran los animales, árboles y hojas, le pintábamos unas nubes bien gorditas que venían a llover al mediodía.

Luego nos compadecíamos y le poníamos un sol que las mandaba a llover en otras partes.

Con tantos cambios de clima, nuestra tierra se nos enfermaba con sus lluvias y neblina.

Entonces buscábamos unas mariposas que vivían en otras páginas para que jalaran a la tierra con sus hilos y le dieran una vueltecita más cerca del sol.

Pero cuando las lluvias y neblina seguían por varios días, entonces sí que nos preocupábamos.

Le dibujábamos estrellitas con las caras de mis hermanos, y le rogábamos a una Anaconda que se le enroscara a la tierra y le silbara canciones de cuna.

También, para que se mejorara pronto, le poníamos su agüepanela caliente y unas galleticas...

JUEGO

a Valliere y George Auzenne

Los hermanos montaña y mar usan el río que los une como un lazo para jugar.

Un día al mar le da por jalar a la montaña y ella se voltea con su calderada de volcanes sobre las tierras, las casas y la gente.

Cuando el mar menos lo espera, la montaña tira del río y el mar ahoga cientos de animales y a los pescadores que viven en la orilla.

“Lo peor de todo es que el río más grande se presta para jugar”, dice una vieja.

La gente le ruega al universo y a las estrellas que les enseñen a ese par de malcriados a tener buenos modales.

El universo y las estrellas dicen que no quieren meterse en problemas de familia.

PAISAJES

Una vez había un paisaje que salía con su río, sus animales, sus nubes y sus árboles.

Pero muchas veces, cuando no se veía por ningún lado el paisaje con sus ríos y sus árboles, entonces a las cosas les tocaba salir en la mente de un muchacho.

(Unas tortugas se maravillan de que puedan aparecer solas en la mente de un muchacho).

Claro que si no aparecen ni el paisaje ni el muchacho, el río se queja, los árboles se quejan, las tortugas y otros animales también se quejan...

(Se supo de unos árboles que mataron a una jovencita por desnudarse en la mente del muchacho).

También las tortugas que salían en su mente, lo acusan de vivir ahora en las nubes.

“Nada más natural que con tanto ir y venir desaparezcan unos ríos, desaparezcan unos árboles”, comentaron unas nubes que vivían tranquilas en la mente del muchacho.

RALLANDO

a Sheila Ortiz-Taylor

La mujer que ralla la yuca para hacer las bebidas de la fiesta, ralla los árboles, la luna verde y las estrellas.

Piensa que ralla la yuca pero en realidad está rallando su cuerpo; ralla a sus hijos y muchísimo a su alrededor.

Unas maticas de maíz estiran las orejas para escuchar los ruidos que hacen las estrellas.

Los palos de yuca por madurar mueven sus ramas para saludarla.

Difícil que la mujer se distraiga; aunque la tierra se llene de olores, de masato, de risas y peleas en la fiesta...

Unas mariposas atraviesan el vestido y su cuerpo sin que ella lo note,

muy ocupada para distraerse en otras cosas, muy atareada para pensar en ella sólo...

CASAS

Un día la gente de Neiva se despierta sin sus casas y tiene que ir a buscarlas.

"Hacia tanto calor que salimos a darnos una vuelta", le dicen las casas, mientras sus cuartos entran y salen corriendo por los campos.

La gente las entiende en esto de sacar a sus hijos a jugar al aire libre.

Pero algunas casas también tienen su juego, y la gente las admira de verlas cómo corren con sus antenas de TV dándoles garrotazos a las nubes.

"Por las tardes, para refrescarnos, jugamos a ver quién tumba más nubes."

De pronto, por ir corriendo tras las nubes, una de las casas casi atropella a su dueño.

Entonces la gente les dice a las casas que ya está bien de su juego, que recojan a sus cuartos y se regresen para el pueblo.

"Aquí la estamos pasando bien, la estamos pasando bien", le contestan las casas, mientras sus cuartos entran y salen jugando al escondite.

CANOA

a Ken Watson

Una canoa que ha dado a luz a un hombre lo deja en una playa y sigue su camino.

El hombre le llora a la madre cruel que se aleja remando.

La madre, por su parte, le hace señas de despedida con sus remos.

El hombre llora como cualquier recién nacido; también porque no tiene brazos como remos para seguir a su madre.

La canoa no puede consolarlo porque tiene que dejar más gente en otras partes.

Pero seguro que no es una madre cruel y de nuevo le hace señas con sus remos.

Al hombre no le queda más remedio que ponerse más tranquilo..

Da unos pasos, mira a su alrededor, y usa sus manos para rascarse la cabeza.

MÚSICA

En la selva se oye la música de la barca subiendo por el río.

A una orquídea le da por gritar de placer.

Muchos árboles están furiosos. No duermen bien sus hojas. Sacuden con rabia las raíces y le gritan a la barca de la música.

A mi madre la Anaconda no le importa.

Ella vive muy ocupada dándole vueltas a la tierra, cargando en su barriga los árboles, los animales y la gente.